

que conviene á la gastro-enteritis incoativa. Afuera eméticos y purgantes en los principios; una sangría general en el caso de una estremada plétora; pero lo mas comunmente podemos pasarnos sin ella. Las sanguijuelas no deben ponerse siempre en una tan crecida cantidad; pero le consta á Vm. que mi padre, su amigo íntimo, se halla en la fuerza de la edad, que es robusto y sanguineo. Se proporciona el número de estos animales con la edad y vigor del doliente: porque la misma curacion conviene á todas las edades, sexos, y temperamentos. Debe dejarse correr la sangre de las picaduras; pero es preciso mas particularmente abstenerse de toda bebida nutritiva despues de su efecto.

Si la inflamacion no cede á una primera aplicacion, podemos repetirla mientras que los pacientes no están agotados; pero si tuvieran, ántes de la calentura una inflamacion crónica, y se hallaran estenuados ya, no debemos usar sino de los temperantes. Con la limonada, agua de grosella, tisana gomosa, de cebada ó

aun agua pura, y desterrando cuidadosamente el caldo, se persigue una gastro-enteritis que se resistió. Esta resistencia depende casi siempre de que la flemasía era oculta y crónica ántes de ser aguda; de que el enfermo tomó vomitivos, estimulantes, y purgantes en los primeros dias; de que dejó que la calentura hiciera progresos ántes de pedir socorro; de que cometió imprudencias, creyéndose sano ya; ó, finalmente, esto proviene de que le tiene dominado un vivo afecto moral; porque á menudo el espanto hace peligrosas estas dolencias, y produce la irritacion cerebral en las personas pusilánimes. Sea lo que quiera de ello, cuando la calentura persiste en un enfermo al que no es posible sangrar ya, nos ceñimos á las bebidas que acabo de indicar, ó otras análogas; á los tópicos emolientes, á las ayudas emolientes, á los pediluvios, á la aplicacion del agua fria ó del hielo al epigastro ó cabeza en la estacion de los calores, cuando no se teme la inflamacion de los pulmones,

y se espera con calma que la naturaleza acarree la cura de la flemasía.

Debo confesar á Vm. que ella es muy difícil de lograr en los enfermos con quienes se hizo uso de medicamentos estimulantes en los principios: la flemasía se prolonga á veces por espacio de mas de un mes; pero, suceda lo que se quiera, no podrá hacerse cargo ninguno, si se ha seguido el método que acabo de esponer á Vm.

EL SABIO.

¿Se observan á veces semejantes prolongaciones en la práctica de los antiguos médicos?

EL MÉDICO JÓVEN.

Hipócrates refiere varios ejemplos de duracion que llegaron mas allá de cien dias; porque él no atormentaba con estimulantes á sus enfermos; pero nuestros Brownianos modernos observan rara vez semejantes cursos; la irritacion que ellos hacen sufrir á los órganos digestivos, luego

que los enfermos comienzan á perder sus fuerzas, acarrea prontamente la muerte, en medio de las convulsiones y delirio. Hay á veces sin embargo algunos que resisten; pero cuando no salen del aprieto por medio de violentas crisis, permanecen en la languidez mucho mas allá de un centenar de dias, porque está vacilante su salud por espacio de mucho tiempo.

EL SABIO.

¿Sufren mucho los enfermos, cuando la calentura se prolonga á pesar de la curacion de Vm.?

EL MÉDICO JÓVEN.

No sufren de modo ninguno, y diria uno que no tienen ya flemasía ninguna. Por lo mismo algunos médicos, muy ignorantes en fisiología, aunque por otra parte instruidísimos y llenos de talento, creyeron que la fiebre se hacia independiente de todo afecto local, cuando la viéron continuar despues que habian hecho cesar los dolores del estómago é intestinos por medio de sangrías locales; no sabian que

la inflamacion de la membrana mucosa es rara vez dolorosa , que ella no necesita de la sensibilidad local para ser reconocida ; que la sensacion contusiva de los miembros , la inaptitud para el ejercicio , la frecuencia del pulso , el calor acre de la piel , el dolor de la cabeza , bastan para caracterizarla cuando á ello se agregan el encendimiento de la lengua , la inapetencia , la sed , el calor mas vivo en el vientre que en cualquiera otra parte ; y con mucha mayor razon , la fuliginosidad , el color moreno de la lengua , y el estupor. No conocen el modo de sensibilidad del canal digestivo , ni saben que se reconoce mas bien su irritacion , por el influjo que ejerce sobre los otros órganos , y por las penosas sensaciones á que da progreso en ellos , que por sus propios dolores. Pero un buen discípulo de la doctrina fisiológica no ignora estas particularidades ; reconoce la gastro-enterítis sin tener necesidad de comprimir duramente el vientre de los pacientes para engendrar allí el dolor ; y , con los mas leves indicios , lucha

directamente contra esta enfermedad , triunfa de ella , y precave la esplosion de todas las supuestas calenturas que formaron el tormento de los médicos de todos los pasados siglos.

EL SABIO.

Todo eso me parece cosa muy estraña. Concederé á Vm. ciertamente que las fiebres , en sus principios , pueden atajarse por medio de las sangrías , pero cuando han llegado á la adinamia , lo que significa debilidad , falta de fuerzas , me parece que no conviene ya la curacion antiflogística.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es un error , Caballero. Si la debilidad está en los órganos del movimiento (los músculos) , es porque la fuerza está reconcentrada en las visceras , como lo prueban el ardor que las consume y que se repite en la piel , la estrema aceleracion de los latidos del corazon , y la prontitud con que se restablecen las fuerzas musculares luego que la sangre ha corrido. Se

debe á esta ignorancia de la direccion vi-
ciosa de las fuerzas la prolongacion de las
mas de las supuestas fiebres esenciales, por-
que hay pocos médicos que no comiencen
su curacion con los antiflogísticos; pero
luego que ven disminuirse las fuerzas, el ter-
ror de la adinamia los mueve á recurrir á
los estimulantes, vino, quina, serpentaria
de Virginia, alcanfor, etc. : se aviva la fle-
masia, la membrana mucosa de los intesti-
nos se ulcera, y hay necesidad de mucho
tiempo para conseguir la cura, aun siguiendo
el método mas racional.

EL SABIO.

Qué, Caballero! ¿ cree Vm. que las vias
digestivas están ulceradas en las fiebres
pútridas ó adinámicas? Si así fuera, no
podrian curarse nunca.

EL MÉDICO JÓVEN.

Sí, Señor : la naturaleza las cura en el
espacio de algunas semanas, cuando no la
turbamos con estimulantes, con tal que el
paciente no esté muy estenuado; y cuando
él se rinde al marasmo, durante este tra-

bajo, hallamos en los intestinos un sinnú-
mero de úlceras ya cicatrizadas; lo cual
prueba que si el enfermo hubiera podido
resistir por mas tiempo, se hubiera com-
pletado la cura.

EL SABIO.

Luego es menester sostener sus fuerzas
para impedir que se rinda.

EL MÉDICO JÓVEN.

Convengo en ello; pero debemos ha-
cerlo con bebidas gomosas, azucaradas y
mucilaginosas, á que se añade á veces una
sesta parte de leche. Aun el mas ligero
caldo de pollo basta algunas veces para
exasperar la inflamacion, y con ella la ca-
lentura; con mucha mayor razon debemos
desterrar los consumados, vino, quina, y
drogas incendiarias.

EL SABIO.

En ese caso debe tener Vm. larguísimas
convalecencias; y este el cargo que hacen,
me parece, harto generalmente á su doc-
trina.

EL MÉDICO JÓVEN.

Semejante cargo es infundado. Lo que prolonga las convalecencias, es la irritacion que queda en los órganos despues de la terminacion de las *fiebres*. Por lo mismo las convalecencias son muy largas á continuacion de las adinámicas curadas con los estimulantes; pero las nuestras son siempre de corta duracion; y únicamente la mas insigne mala fe, ó la mas crasa ignorancia de nuestra práctica, pueden hacer decir lo contrario á nuestros enemigos.

EL SABIO.

Se imprimió sin embargo en un diario militar que yo leia á veces en casa de un amigo mio, empleado en las oficinas de guerra, que Fedérico el grande habia prohibido en otros tiempos el uso de las sangrías en los hospitales de sus ejércitos, á causa de que habia notado que ellas alargaban las convalecencias, engendraban hidropesías, y aumentaban mucho el gasto. Mandó dar, en su lugar, buenos caldos, desde cuyo tiempo se advirtió que los

soldados hacian una mas breve mansion en los hospitales, y que salian de estos mas aptos para sobrellevar las fatigas marciales.

EL MÉDICO JÓVEN.

¡Es realmente cosa curiosa el ver á los príncipes hechos autoridades en materia médica; y es preciso que los adversarios de la doctrina fisiológica se reconozcan bien débiles para hacer uso de semejantes arbitrios! ¡Qué! médicos mayores de ejército, antiguos médicos que se encañecieron en los hospitales, y que deben estar llenos de erudicion *médica*, recurrir al rey de Prusia para refutar á uno de sus colegas que no debe sus triunfos mas que á la esplanacion de una doctrina instructiva, justificada por la práctica, en presencia de innumerables testigos! ¿No está en ello el colmo de la ridiculez? Consiento sin embargo en responder á esta objecion, porque tememos ninguna.

Cuando los médicos antiguos hacian uso de las sangrías en las calenturas, cometian dos faltas graves; la primera, de no prac-

ticarlas junto al receptáculo de la inflamacion, pues se contentaban con sangrías generales; la segunda, destruir sus buenos efectos dando evacuantes y tónicos. Con este duplicado error, debilitaban á los enfermos sin disminuir su enfermedad, y debian hacer por consiguiente mas larga y dificultosa la cura. Esta era la práctica de los médicos de Fedérico. Por lo demas, si Vm. ha leído el artículo en que se nos hace este cargo indirecto, debe haber formado un cabal concepto de su autor.

EL SABIO.

Sin duda; he visto allí primorosas lecciones de gastronomía, y creo que el autor pudiera entrar en competencia con el del *Arte de cocina*; pero dejémonos de chanzas, la materia es gravísima.

EL MÉDICO JÓVEN.

Deme Vm. licencia para resumirme. Supuesto que las pretensas fiebres esenciales no son mas que fiebres producidas por una inflamacion local, se asemejan ellas á las causadas por las fluxiones de pecho, angi-

nas, inflamaciones cutáneas, etc. : no son pues ya esenciales. Supuesto que no son ya esenciales, sino consecutivas, deben curarse como las demas fiebres consecutivas, es decir luchando contra la inflamacion que las promueve. Ahora bien, el mejor medio de destruir esta inflamacion, son las sangrías locales, es decir practicadas lo mas cerca posible del receptáculo de la flemasía; luego las aplicaciones de las sanguijuelas en la boca del estómago (epigastro), y en el empeine, son el mejor medio de triunfar de estas enfermedades.

No se aplican en las inflamaciones que se conocen mas que emolientes; es así que la inflamacion del canal digestivo estando conocida ahora, no debemos curarla ya mas que con emolientes; luego es preciso desechar la práctica seguida hasta este dia, cualesquiera que sean la erudicion y celebridad de los que la recomendaron.

EL SABIO.

Los argumentos de Vm. son concluyen-

tes. Carezco de esperiencia, como Vm. me lo ha objetado, para responder á ellos. Le acordaré á Vm. ciertamente, no pudiendo hacer de otro modo, que las calenturas biliosas, mucosas, pútridas, malignas, ordinarias, sean el efecto de una inflamacion del estómago é intestinos, que no fué atajada en sus principios; pero se asegura que Vms. ponen en la misma línea la peste, la fiebre amarilla, y aquel terrible cóleramorbo que hizo tantos estragos en la India, el año de 1817, que se llevó, dicen, á mas de seiscientas mil almas en aquellas desgraciadas regiones.

EL MÉDICO JÓVEN.

En ello vemos la gastro-enterítis por fenómeno fundamental; lo demas no es mas que accesorio.

EL SABIO.

Ah! por esta vez, es mucho; y se veria Vm. bien embarazado, si yo exigiera que me diera pruebas de ello.

EL MÉDICO JÓVEN.

¡Embarazado, Caballero, embarazado! no mas, asegúroselo á Vm., que lo he estado para darle á conocer la verdadera naturaleza de las calenturas ordinarias. Pero, como veo que Vm. se ha puesto algo mal humorado, le pido su licencia para retirarme.

EL SABIO.

No me he puesto de mal humor, sino que tengo bastante el hábito de avivarme en la discusion. No quisiera sin embargo retener á Vm. contra su voluntad; pero prométame Vm. el volver á verme mañana; pues me hallo curioso de saber como sostendrá esta nueva tésis.

EL MÉDICO JÓVEN.

Con sumo gusto.